

JOSÉ MANUEL  
CABALLERO BONALD

---

*Tiempo de  
guerras perdidas*



  
ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

Estamos ante un extraordinario acontecimiento literario: las esperadísimas memorias de uno de los mayores escritores españoles contemporáneos, José Manuel Caballero Bonald. Más que un relato autobiográfico en sentido estricto, *Tiempo de guerras perdidas* supone una muy peculiar remodelación de la experiencia personal, un regreso a las fuentes de la memoria para repensar, recrear la vida. No se trata, por consiguiente, de un registro sistemático de hechos vividos, sino de una introspección selectiva, articulada al mismo ritmo fluctuante que la evocación, en torno a personas, paisajes y situaciones de un período crucial de la historia española. Desde la intimidad familiar al descalabro de la guerra civil, desde las peripecias estudiantiles a la iniciación literaria, este libro es también un sesgado espejo en el que muchos podrán mirarse, un correlato identificativo de esa difícil experiencia en común vivida por quienes fueron los primeros adolescentes de la posguerra y padecieron las mismas conmociones morales y educativas.

La pericia narrativa de Caballero Bonald, la elegante singularidad de su estilo, hacen aún más apasionante la exploración de ese territorio histórico y literario donde la realidad se fusiona por momentos con la ficción, y donde el autor se convierte en el protagonista de esta magistral «novela de la memoria».



9 788433 909909

## ÍNDICE

En esas andaba, cuando cierto día, desoyendo mis últimos recelos y vacilaciones, calculé que con los dineros disponibles podía sobrevivir en Madrid hasta fin de curso, algo más si todo iba bien. De modo que me dispuse a dar el salto, más ufano sin duda por no haber tenido que recurrir a ninguna ayuda de mi padre, incluso soslayando ciertas tentadoras ofertas tuyas. No se trataba de ninguna inmolación ritual, aunque a mí me agradara esa idea, sino de la convicción de que no tenía mejor cosa que hacer que escapar de allí, aun alardeando en buena ley libertaria de la intranquilidad del deber cumplido. Repasé antes todos los prontuarios fetichistas que encontré más a mano, traspuse las últimas zonas pantanosas de mi incertidumbre y preparé en casa las nuevas ceremonias epilogales de rigor. Ya sólo me quedaba sacar el billete de tercera para el que habría de ser mi definitivo viaje a Madrid. Seguro que viví entonces ese instante de atávica lucidez que atraviesa las edades pasadas y se instala sucesivamente en el presente. Sabía que iba a acordarme muy bien de todo eso cuarenta años después.

*Sanlúcar de Barrameda - Madrid,  
octubre de 1992 - diciembre de 1994*

1. Serias dificultades para mirar de lejos .....	7
2. Regiones devastadas .....	30
3. Nada es ya subalterno .....	45
4. Fundido en negro .....	64
5. Composición de lugar .....	76
6. Los acostados y otras controversias .....	92
7. Dueño a primera sangre .....	123
8. Esos desconocidos con los que convives .....	149
9. Muge la noche por la habitación .....	172
10. El sonido de la máquina de escribir .....	205
11. De las fronteras indecisas .....	236
12. Sólo es verdad lo que aún no conozco .....	264
13. Contribución a la perplejidad .....	298
14. Somos el tiempo que nos queda .....	331

enas se solía hablar, a no ser a intervalos muy  
 acostados. No es que fuera un asunto más o  
 por inconfesable, es que no parecía merecer  
 ón especial. No, al menos, como tema de  
 n aquellas larguísimas sobremesas nocturnas,  
 salían a relucir las cuestiones acalladas duran-  
 el no recuerdo, y por lo que yo he podido ir  
 a habido hasta cinco acostados en la familia,  
 mal de primer apellido: abuelo y tía Isabela,  
 asa, y luego, cada uno por su lado, tía Carola,  
 primo Rafael. Por supuesto que no todos ellos  
 a la cama ininterrumpidamente, pero tampo-  
 na manifiesta preferencia por esa posibilidad.  
 endían sin mayores reservas era a pasarse  
 ayor parte del tiempo que, en algunos casos,  
 coincidir con todo el tiempo que les quedaba.  
 vez llegué a sospechar que esa reclusión tan  
 obedecía a alguna dolencia secreta, y hubieron  
 años antes de que llegase a descubrir que no  
 que de un imperativo hereditario, sin que  
 enfermedad que la de una especie de atracción  
 a cama. Hasta donde yo alcanzo a acordarme,  
 e produjo algún tipo de discordia o de repro-

bación ante semejante anomalía doméstica. A mi padre, cuyo  
 laconismo sólo se doblegaba en reuniones caseras muy con-  
 curridas, nunca le oí aportar la menor objeción sobre los  
 acostados. Y mucho menos a mi madre, que si bien era muy  
 locuaz y muy adicta a las tertulias de salón, era también tan  
 de veras tolerante que siempre respondía con una sonrisa  
 no ya a esa concreta cuestión, sino a los más encrespados  
 asuntos que pudieran plantearse.

Decía que no todos los acostados gozaban del privilegio  
 de residir permanentemente en la cama. De pronto, cuando  
 menos oportuno o previsible podía resultar, alguno de ellos  
 decidía vestirse con esmero minucioso, no importaba que a  
 altas horas de la noche, y movilizaba a media casa con la  
 pretensión de charlar con los demás, comer algo o incluso  
 salir a la calle. Eso sí ocasionaba algún trastorno adicional,  
 pues la propuesta en modo alguno era secundada por ningún  
 otro miembro de la familia, incluida tía Victoria, que tenía  
 fama de muy ventanera. Pero lo más frecuente era que ese  
 abandono periódico de la cama obedeciera a razones bastante  
 plausibles. Abuelo, por ejemplo, se levantaba casi todos los  
 jueves, hacía las cinco, para llevarnos a mi hermano y a mí a  
 dar un paseo de lo más llamativo. Era como una regocijante  
 interrupción de la rutina, y en ese regocijo también cabía la  
 sublevación espontánea del domesticado. Es uno de los  
 episodios callejeros de mi infancia que recuerdo con mayor  
 nitidez. Abuelo era un personaje sumamente curioso y, aun-  
 que sólo fuera por la pinta, parecía bastante apegado a la  
 rama francesa de los Bonald. Aún lo veo como un anciano  
 muy pulcro y arrogante, vestido siempre con el mismo terno  
 negro y tocado de un jipijapa al que no renunciaba ni  
 siquiera en días de lluvia. Exhibía una barba muy blanca,  
 algo teñida de tabaco por las periferias de la boca, y unos  
 ojos medio azules y como de recién despertado. Creo que  
 nunca nos manifestó abiertamente su afecto, que debía de ser  
 considerable, sino a través de indicios muy someros que él

na apenas se solía hablar, a no ser a intervalos muy breves, de los acostados. No es que fuera un asunto más o menos importante, es que no parecía merecer atención especial. No, al menos, como tema de conversación en aquellas larguísimas sobremesas nocturnas, cuando salían a relucir las cuestiones acalladas durante el día. Sí mal no recuerdo, y por lo que yo he podido ir viendo, ha habido hasta cinco acostados en la familia, los Bonald de primer apellido: abuelo y tía Isabela, y el primo Rafael. Por supuesto que no todos ellos eran en la cama ininterrumpidamente, pero tampoco en una manifiesta preferencia por esa posibilidad. Así tendían sin mayores reservas era a pasarse la mayor parte del tiempo que, en algunos casos, podía coincidir con todo el tiempo que les quedaba. Y una vez llegué a sospechar que esa reclusión tan frecuente obedecía a alguna dolencia secreta, y hubieron varios años antes de que llegase a descubrir que no más que de un imperativo hereditario, sin que jamás enfermedad que la de una especie de atracción por la cama. Hasta donde yo alcanzo a acordarme, nunca se produjo algún tipo de discordia o de repro-

bación ante semejante anomalía doméstica. A mi padre, cuyo laconismo sólo se doblegaba en reuniones caseras muy concurridas, nunca le oí aportar la menor objeción sobre los acostados. Y mucho menos a mi madre, que si bien era muy locuaz y muy adicta a las tertulias de salón, era también tan de veras tolerante que siempre respondía con una sonrisa no ya a esa concreta cuestión, sino a los más encrespados asuntos que pudieran plantearse.

Decía que no todos los acostados gozaban del privilegio de residir permanentemente en la cama. De pronto, cuando menos oportuno o previsible podía resultar, alguno de ellos decidía vestirse con esmero minucioso, no importaba que a altas horas de la noche, y movilizaba a media casa con la pretensión de charlar con los demás, comer algo o incluso salir a la calle. Eso sí ocasionaba algún trastorno adicional, pues la propuesta en modo alguno era secundada por ningún otro miembro de la familia, incluida tía Victoria, que tenía fama de muy ventanera. Pero lo más frecuente era que ese abandono periódico de la cama obedeciera a razones bastante plausibles. Abuelo, por ejemplo, se levantaba casi todos los jueves, hacia las cinco, para llevarnos a mi hermano y a mí a dar un paseo de lo más llamativo. Era como una regocijante interrupción de la rutina, y en ese regocijo también cabía la sublevación espontánea del domesticado. Es uno de los episodios callejeros de mi infancia que recuerdo con mayor nitidez. Abuelo era un personaje sumamente curioso y, aunque sólo fuera por la pinta, parecía bastante apegado a la rama francesa de los Bonald. Aún lo veo como un anciano muy pulcro y arrogante, vestido siempre con el mismo terno negro y tocado de un jipijapa al que no renunciaba ni siquiera en días de lluvia. Exhibía una barba muy blanca, algo teñida de tabaco por las periferias de la boca, y unos ojos medio azules y como de recién despertado. Creo que nunca nos manifestó abiertamente su afecto, que debía de ser considerable, sino a través de indicios muy someros que él

no parecía dispuesto a que se contradijeran con su severidad.

Así que abuelo nos tenía asignado cada jueves por la tarde —coincidiendo con el asueto en el colegio— un idéntico programa recreativo. Nos inculcaba, en primer lugar, una suerte de negligencia a propósito de las prohibiciones habituales, o sea, que nos autorizaba sin más a hacer todo aquello que mi madre, aun dentro de su manifiesta permisividad, nos habría razonablemente vetado. No sólo hacía la vista gorda, sino que incluso solía incitarnos por omisión a encaramarnos a los árboles, beber en las bocas de riego, caminar por alguna baranda de suficiente peligrosidad, usar los charcos como más idóneo sistema de emporcamiento. Luego, una vez cumplido ese ritual gozoso, nos llevaba a una confitería —bautizada adecuadamente con el nombre de «El Buen Gusto»— cuyo dueño era un viejecito menudo y malhumorado que salía a recibirlo con toda clase de aduladores aspavientos. Y allí era el festín semanal. Había unos dulces de tamaño más que imprudente —«reverendos» y «pocitos»—, a los que mi hermano y yo éramos muy aficionados. De esos primores de confitería podíamos consumir cuanto quisiéramos, o sea, una cantidad que rebasaba con mucho la exigua capacidad digestiva de nuestra condición de flacos.

Ricamente instalados en una mesa que el pastelero nos preparaba al fondo del local, la vida disponía ya de los mismos aromáticos vicios que el banquete de Pantagruel. El arrobo ante semejante desenfreno no me impedía, sin embargo, perderme por las perturbadoras interioridades de un anuncio que había colgado por allí y que luego se convirtió en una especie de alegoría recurrente de mi imaginación. En ese anuncio había un niño que mostraba una lata de leche condensada en cuya etiqueta había un niño que mostraba una lata de leche condensada en cuya etiqueta había un niño que mostraba una lata de leche condensada, y así hasta el más allá. Yo hacía cálculos escalofriantes mientras devoraba los pasteles, unos cálculos más bien abstrusos y con ciertas

derivaciones infinitesimales que quedaban generalmente interrumpidos cuando abuelo, después de beberse su última copa de oloroso y de advertir nuestro marcado aspecto de ahitos, nos preguntaba si no queríamos más dulces. Mi hermano y yo nos mirábamos con el abatimiento del glotón desganado: no queríamos más. A abuelo incluso debía de parecerle bastante desconsiderada esa abdicación, porque se levantaba con gesto adusto, el bastón a manera de puntero, y se dirigía sin más hacia la puerta, seguido del confitero. Siempre dejaba un puro a medio consumir dentro de un vaso y nunca lo vi pagar, supongo que deberían de irle anotando los gastos de los jueves en alguna cuenta.

No sé durante cuánto tiempo se prolongaron esas salidas. Pero creo recordar que llegó un momento en que mi madre le sugirió tímidamente a abuelo la conveniencia de suprimirlas. El motivo era inobjetable: mi hermano y yo volvíamos a casa en un estado más bien lastimoso. Aparte de la suciedad acumulada en las trapisondas callejeras, los síntomas del hartazgo hacían prever que al día siguiente íbamos a tener que guardar cama por indigestión. Y así solía ocurrir, en efecto, hasta tal punto que ya se daba por seguro que los viernes tendrían que suministrarlos alguno de esos purgantes asesinos al uso y no podríamos ir al colegio. A mí me produjo un grave desconuelo la brusca supresión de aquellas cuchipandas semanales, decretada a mi entender con palmaria injusticia.

El primer jueves en que nos quedamos sin salir con abuelo, me acerqué hasta su cuarto con una sigilosa extrañeza y lo vi recostado en la cama, revisando como solía uno de esos libracos cosidos a pasaperro donde había ido coleccionando no sé qué anotaciones manuscritas de química. En contra de su costumbre, me dijo que me acercara y, sin dejar de observar el libro, optó por explicarme que estaba muy cansado y que mejor nos íbamos solos mi hermano y yo a la pastelería, aprovechando alguna salida del colegio. Abrió

de la mesita de noche y me hizo solemnes. Dos duros, asociados a aquellas monedas generoso diámetro, daban entonces para no acabar de gustarme esa solución, más me parecía que en aquel momento había el único pacto que no por frágil había unos semanalmente juntos. No se trataba, ningún atisbo premonitorio, pero fue entonces primera vez esa mezcla de mentol, tabaco ha tenido para mí desde entonces un ante funeral. Aquel mismo verano, cuando campo de vacaciones, murió abuelo y lo de ese trance es la persistencia conmovedora de un cuarto.

Conocer a lo lejos otras ramificaciones sensibles a ese olor. Un hermano de abuelo —el otro sí se le nombraba— vivía por entonces en una casa química farmacéutica. Había montado un laboratorio, entre otros específicos, fabricaban pastillas, de muy recomendable uso para los niños, se denominaban expresamente «Bolsitas» provocado alguna que otra desavenencia con los miembros de la familia más peripuestos. El nombre decoroso que la noble madre al que ya me referí, integró a más señas, anduviera enredado en esos negocios que ninguno de sus descendientes, sin embargo, en qué quedó aquella tradición tradicionalista. El caso es que el olor de las pastillas, debido con toda probabilidad a la mentolada, remitía indefectiblemente al abuelo y, sobre todo, al que yo asociaba a

su muerte, lo cual me producía una extraña sensación de orfandad. Luego oír decir que existían fundadas sospechas de que la eficacia de esos comprimidos se debía a que en su composición entraba una cierta dosis de cocaína. Nunca llegué a aclararlo, tampoco sé si se dejaron de fabricar por eso. Abuelo también se había inventado por aquel entonces una variante de hipofosfito que era más bien un vino quíndico de regular graduación alcohólica, al que tía Victoria se había hecho muy adicta, bebiéndolo con fruición en unas copas de tamaño más que mediano, no sin añadirle antes un chorrito de agua de azahar.

Otro de los Bomald que estuvo acostado con más meritoria persistencia fue tío Rafael. Tío Rafael, el hermano mayor de mi madre, había heredado de abuelo, junto con la farmacia y el laboratorio, una desmedida afición por la cama. Del negocio farmacéutico se fue desentendiendo hasta que prácticamente lo abandonó, como había hecho su padre, en manos de unos mancebos desaprensivos. Antes de elegir la ocupación de acostado estable, solía dedicarse a gestiones de muy diversa inutilidad. La farmacia estaba situada justo enfrente de la casa de la calle Caballeros donde yo nací y en la que aún vivíamos. Desde uno de los balcones veía a veces a tío Rafael practicando las tareas más estrafalarias. Fui testigo de algunas que no constituían por lo visto excepción. Un día sacó a la calle una caja llena de clavos retorcidos para irlos enderizando con una mano de almirante sobre el bordillo de la acera; otros días cargaba con una palangana repleta de bazofia para darles de comer a los numerosos gatos que deambulaban por aquellos alrededores y que acudían diligentemente al reclamo de una campanilla. También solía pasear con enigmática frecuencia por delante de la farmacia, como si esperase a alguien que no llegaba nunca. Solía ir vestido a la usanza de un caballero de la Citty, con cuello de celuloide, botines de charol y paraguas plegado, o bien provisto de chaquetilla de meneral y zapatones de labriego, no se sabía

en función de qué desajustadas interposiciones de la personalidad. Cuando llegaban a oídos de mi madre esas conductas tan indebidas, su sonrisa habitual cobraba una virtuosa propensión a la benevolencia.

Poco antes de la guerra civil, tío Rafael había adquirido un automóvil —creo que era un *Austin*— que, en cierta accesoria medida, estuvo relacionado con mis registros iniciáticos en la sexualidad. Tío Rafael, incapaz de conducir no ya un vehículo sino su propia vida, había contratado a un chófer llamado Federico, un tipo ya no tan joven, algo insolente y palabrero, cuya más llamativa peculiaridad consistía en ir mucho mejor trajeado y disponer de más ostensibles derechos de propiedad sobre el automóvil que su dueño. Tal vez por eso lo llamábamos Federico el Grande. Durante la guerra, cuando se cortó el suministro regular de gasolina, tío Rafael no quiso en modo alguno equipar al automóvil con un gasógeno. Por supuesto que no se trataba de ningún rechazo estético, sino de una decisión precautoria, ya que había logrado descubrir —o eso aseguraba— que el seguro peligro de envenenamiento implícito en la emisión de gases del artefacto, era un error de carburación criminalmente silenciado por los fabricantes. Así que el automóvil se quedó arrumbado en la bodega que tenía tío Rafael no lejos de la calle Caballeros, en la llamada plaza de los Silos, con lo que también evitó probablemente que se lo requisaran.

Esta bodega fue, como digo, el escenario ritual de algunas de mis más remotas y malévolas andanzas de adolescente. Ahora explicaré por qué. La bodega era un noble edificio de planta rectangular, con una techumbre a cuatro aguas sostenida por otros tantos órdenes de pilares. Entre el portón de entrada y la puerta de la bodega propiamente dicha se extendía un amplio rellano, uno de los muros laterales tapizado de pasionarias y el otro recorrido por una a manera de galería porticada de piedra ostionera, donde quedó alojado el automóvil con juiciosas sospechas de que sería a

perpetuidad. En la bodega se conservaban, junto a otros vinos más jóvenes, un centenar de botas de solera que gozaban fama de excelentes. Lo que no he conseguido averiguar por más que lo he intentado es si esa bodega de tío Rafael, dedicada mayormente al almacenaje y crianza, tuvo alguna vinculación con la empresa vinícola —Plácido Caballero & Cía.— que fundó mi padre durante la República y que se fue definitivamente al garete en los primeros años del franquismo.

Justo entonces, en ese primer tramo de la posguerra, la bodega de tío Rafael supuso, no sólo para el primo y para mí sino para algunos de nuestros más cercanos amigos, un núcleo de atracciones poderosamente asociado a las primeras fábulas de la adolescencia. Aunque en ningún caso nos permitían ir por allí cuando no había nadie, Rafael se las agenció para burlar ese veto por el alevoso sistema de hurtar la llave, que era enorme y que, a saber por qué cautelosos designios, escondía el padre en una especie de funda que colgaba de la cabecera de su cama. Así que la prohibición del disfrute en solitario de la bodega sólo se mantuvo en apariencia. Comoquiera que tío Rafael permanecía ya todo el día acostado y sólo se levantaba muy de vez en cuando por la noche, la obtención punitiva de la llave y el retorno a su lugar de procedencia, eran operaciones ciertamente arduas. Pero una tarde de domingo, con un arrojito a todas luces temerario, consiguió Rafael por primera vez la sustracción de esa llave que, a juzgar por lo que abría, tenía que ser la de la felicidad. Pero ocurrió —según me contaría después— que el padre, aparentemente dormido, pareció despabilarse un punto para dedicarle una mirada perpleja y volver a ingresar de inmediato en un sopor que no se parecía al de ningún sueño. A lo mejor es que le había sobrevenido uno de esos estados con apariencias de catatónico que a veces padecía. Pero Rafael tuvo la suficiente entereza como para no renunciar al escamoteo de la llave.



Ya habíamos preparado para aquella ocasión el festejo que habría de reportarme la prematura celebración de una pubertad que, aun sin salir de la incertidumbre o del apocamiento, compulsaba entonces sus primeras osadías. Había en casa una criada, Milagros de nombre, que siempre estaba en vísperas de casarse con el clarinetista de la banda municipal, y cuyos insinuantes síntomas de disponible parecían retendidos por una natural prevención contra los riesgos que podrían interceptar los buenos augurios de su boda. Ya la había yo acosado alguna vez de manera desmañada y ya ella se había resistido a medias, apelando al honor del clarinetista, aunque mis pretensiones nunca pasaran de esos toqueteos incluidos en la lista de impurezas confesables. Pero no sé cómo logré convencerla —quizá ya estaba convencida de antemano— para que aquel domingo se fuera con una amiga a la bodega, donde serían convenientemente agasajadas con licores, músicas bailables y viandas finas. Las citamos en algún lugar de por allí cerca, un poco al resguardo de encuentros comprometedores, y ya estaban allí las dos cuando llegamos algo más tarde de lo convenido.

La culpa del retraso la tuvo una última contingencia organizativa. Pues se dio el caso que no habíamos previsto sino tarde que el suministro eléctrico sólo estaba conectado en el patio de entrada de la bodega, pero no en la nave, lo cual suponía una notoria contrariedad si se pensaba en lo pronto que oscurecía por aquellas fechas y en nuestros cálculos para prolongar la velada bajo techo el mayor tiempo posible. No disponíamos de ninguna linterna o cosa parecida y, para colmo de males, debido al cierre dominical de los comercios, tampoco podíamos comprar unas velas. Sin luz no acertaríamos a sacar vino de una bota ni a transitar por las andanas en funciones de amantes furtivos. Como tampoco resultaba ya aconsejable volver a casa, se me ocurrió entonces lo más impredecible, que fue presentarnos en una funeraria con el gesto adecuadamente compungido y rogar

que nos vendieran dos velas para las urgencias piadosas de un velorio. Y así lo hicimos.

Después de conseguir la dirección por medio de algún transeúnte, nos acercamos a una vieja funeraria que había en la Corredera, donde entramos los dos con cara de deudos afligidos y en humilde solicitud de las velas. Al principio no nos hicieron el menor caso. Un hombre ya mayor, provisto de pasamontaña y guantes sin dedos, desapareció por una puertecilla lateral, y el siniestro cojo que hay en todas las funerarias se nos quedó mirando con unos ojillos hostiles y aguanosos. Al cabo de mucho rato, y tras reiterarle nuestra petición, escupió en un pañuelo inmundo y farfulló que de dónde coño salíamos con semejante encargo, que aquello no era ninguna casa de putas. Eso dijo. Y ya nos íbamos, más coléricos que humillados, cuando el cojo emitió como un chisporroteo gutural y nos hizo señas para que esperásemos. Se dirigió a una vitrina, sacó dos cabos de vela bastante aparentes y los colocó de un manotazo sobre la mesa. Ignoro cuánto nos cobró, pero sí sé que el precio se aproximaba alarmantemente a lo que Rafael y yo disponíamos por junto. No he olvidado todavía a aquel cojo repulsivo, cuya mendacidad tal vez fuese el origen iconográfico de mi incu-rable animadversión por todo lo que tenga algo que ver con una funeraria. Nunca más he vuelto a ninguna y tampoco deseo que nadie lo haga en mi nombre.

En contraste con esa sombría peripecia, la reunión claudestina en la bodega resultó deslumbrante. Colocamos una mesa bajo las altas ventanas del fondo de la nave, bebimos a la taciturna luz de las velas, que se agotaron casi al mismo tiempo que la paciencia, y sólo nos privamos, por imponderables de última hora, del acompañamiento musical. La amiga de Milagros, que era de pechos opulentos y piernas entecas, se mostró desde un principio muy susceptible y amedrentada. Pero las prevenciones se fueron amortiguando después de las dos primeras copas. Yo me veía allí como si